



“JUVENTUD ENFERMA”

FERNANDO MORENO MUGURUZA

PSICÓLOGO Y ESCRITOR

Desde hace tiempo se habla mucho de la ‘*adolescencia eterna*’: los jóvenes no quieren irse de casa, no toman compromisos estables, no acaban de independizarse, de madurar, de ser libres y responsables. Y cada vez nos encontramos con más personas que, tengan la edad que tengan, mantienen unos comportamientos y unas actitudes que son visiblemente inmaduras y propias de adolescentes.

‘Adolescencia’ viene de la voz latina ‘*adolescens*’: que necesita, que le falta algo, débil, enfermo, vacío, inseguro. El adolescente es el que ya no es

No podemos poner el acento de la educación en las últimas consecuencias de sus actos. Antes tenemos que cultivar mucho más seriamente la madurez y autenticidad de sus actitudes profundas.

niño físicamente y todavía no es psicológicamente adulto. El que ha vivido suficientemente como para tener que empezar a tomar las riendas de su vida, pero no ha tenido las condiciones o las oportunidades suficientes -externas e internas- para saber y poder hacerlo.

Si alguien, sobre todo cercano, está enfermo, nos ocupamos de atenderlo o, al menos, de que se deje atender, de buscar alguien capaz de curarle. Pero lo primero es caer en la cuenta de que es un enfermo que precisa cuidado, y no un malvado que necesita castigo. Lo segundo, pararse a pensar de dónde viene esa enfermedad. Lo tercero, preguntarse si nosotros -el ambiente familiar o social- podemos ser los causantes de ella. Y lo cuarto, si es que hemos sido capaces de reconocerlo y aceptarlo, poner remedio: empezar por eliminar las causas que originaron esa enfermedad; con lo que ya estamos empezando a remediar ese mismo mal que hemos producido, al menos en parte.

Hay dos cosas que me parece deberíamos tomarnos más en serio, con mayor y más eficaz responsabilidad. Una es que nuestra sociedad entera está enferma y contagia esa enfermedad a los más jóve-

nes. Y otra que la manera de curarles es ocupándonos de sus ‘cimientos’, más que preocupándonos de sus ‘fachadas o tejados’.

La mayoría de los jóvenes están infectados de los propios gérmenes patógenos que padecemos y transmitimos los mayores. Por eso, decía antes que es necesario caer en la cuenta de que la gran parte del remedio -como de la causa- está en nosotros. Simplificando: si quiero que mi hijo me respete, lo ‘único’ que puedo y debo hacer es respetarle yo a él; yo puedo decidir el ‘idioma’ que hablará mi hijo en el futuro, eligiendo el que se hable hoy en mi casa.

Y lo segundo -antes lo ponía el primero- es aceptar que son enfermos, no malos. Estoy convencido de que nuestra juventud, en general, padece ‘*anemia afectiva*’. Si nos tomásemos la cuidadosa molestia de estudiar sus radiografías, descubriríamos que en la estructura profunda de su personalidad no se sienten queridos, apreciados, respetados, tenidos en cuenta, útiles, importantes, necesarios. Sienten que han recibido de todo, incluso demasiado -¡cosas!: regalos, consejos, exigencias, premios o castigos-; pero que no les hemos dado tiempo, cercanía, dedicación, presencia, comunicación, ejemplo, compañía. Seguro que sin querer, les damos la sensación de que nos importan más sus logros y fracasos, que su madurez y su felicidad.

Un último punto importante, con aquello de los cimientos y la fachada: ‘no se puede construir la casa por el tejado’; no podemos poner el acento de la educación en las últimas consecuencias de sus actos. Antes tenemos que cultivar mucho más seriamente la madurez y autenticidad de sus actitudes profundas.

A un niño, antes de enseñarle quebrados, o de llevarle a Misa, o de pedirle respeto con las chicas y fidelidad a sus compromisos, habrá que enseñarle, contagiarle, a respetar, a escuchar, a aguantar, a ‘saber estar’, a valorar tanto sus deberes como sus derechos. Y eso es lento y trabajoso, pero necesario y lo único eficaz.

¿Quieres que, al menos tú y yo, revisemos, cultivemos y afiancemos la madurez y autenticidad de nuestras actitudes profundas? Así, los que tenemos detrás, ¡también saldrán ganando!■